



*Ciencia Nueva*  
*Revista de Historia y Política.*



UNIVERSITÀ DEGLI STUDI DI SALERNO

Maestría en Historia

Maestría en Ciencia Política

DOSSIER ESPECIAL  
“PERSPECTIVAS SOBRE LOS CIEN AÑOS DE LA REVOLUCIÓN RUSA”

**EL EJÉRCITO QUE SALVÓ A LA HUMANIDAD**

THE ARMY THAT SAVED THE MANKIND

**Leonardo Agudelo Velásquez**

pp. 20-30

*Vol. 2 Núm. 3, Diciembre de 2018*  
*Pereira, Colombia*

## EL EJÉRCITO QUE SALVÓ A LA HUMANIDAD\* THE ARMY THAT SAVED THE MANKIND

Leonardo Agudelo Velásquez\*\*  
garlosin@gmail.com

ORCID: <http://orcid.org/0000-0003-3319-705X>

---

<b>Recibido:</b>	18 de abril de 2018
<b>Revisado:</b>	04 de septiembre de 2018
<b>Aceptado:</b>	19 de noviembre de 2018
<b>Publicado:</b>	05 de diciembre de 2018

---

**E**n 2015, durante el desfile militar en la Plaza Roja de Moscú por la conmemoración de los setenta años del fin de la Segunda Guerra Mundial, en el llamado Día de la Victoria, el presidente de Rusia Vladimir Putin pronunció el discurso donde afirmó: “El ejército de la Unión Soviética, junto a los ejércitos de Estados Unidos e Inglaterra, salvó a la humanidad del fascismo”.

En 1945, Stalin les sugirió a sus generales tomar Berlín antes de la fecha del primero de mayo para conmemorar en la URSS dos grandes eventos: uno, el día más luminoso de la clase obrera, y el otro, el triunfo de la forma de vida socialista sobre la amenaza que se cernía sobre la humanidad: el fascismo. Pero los generales soviéticos al frente de la batalla contra la capital del III Reich, no lograron la rendición alemana para la fecha, y entonces el Día de la Victoria se celebró el 9 de mayo de ese año en la Plaza Roja de Moscú, cuando el general Zhúkov, montando un caballo blanco, marchó frente a sus tropas llevando las insignias de los ejércitos alemanes apuntando al suelo como símbolo del triunfo sobre los nazis, que costó a la patria del socialismo más de 25 millones de muertos.

¿Pero qué sabemos del ejército que cargó sobre sus hombros la tarea de arrebatarle de las manos al partido nazi el trueno de la guerra?

En el ascenso del partido bolchevique al poder en Rusia en 1917, estuvo presente la gran arquitectura política de Lenin: un personaje extraordinario que construyó el partido político con un grupo de hombres que disciplinó y elevó al nivel de acción política con el discurso marxista, y los preparó para la toma del poder, dado el desbarajuste que produjo en Rusia por la desastrosa participación del Zar Nicolás II en la Primera Guerra Mundial. Él fue quien supo capitanear en medio de la tormenta el barco de la revolución, gracias a su olfato político al que agregó el de periodista y propagandista, llamando a obreros, campesinos y soldados a la acción para la construcción de una era socialista.

---

\* El presente artículo respeta las directrices y normas dispuestas en la Declaración de Ética de Publicación de Ciencia Nueva, Revista de Historia y Política. Esta declaración puede consultarse en la página web de la revista: [revistas.utp.edu.co/index.php/historia](http://revistas.utp.edu.co/index.php/historia). Este artículo corresponde a una versión mejorada de la ponencia “Triunfo del Ejército Rojo sobre el fascismo en la II Guerra Mundial”, presentada por el autor en el Coloquio “Perspectivas sobre los cien años de la Revolución rusa” realizado por la Maestría en Historia de la Universidad Tecnológica de Pereira el 21 de noviembre de 2017.

\*\* Historiador de la Universidad Nacional de Colombia sede Medellín, y Magíster en Historia de la Universidad Autónoma de Colombia. Profesor de la Universidad Autónoma de Colombia.

Tras la abortada revolución de 1905 que los llevó al exilio en París, los revolucionarios rusos leyeron la experiencia de la Revolución francesa de 1789 y de la Comuna de París en 1871, llegando a la conclusión de que todas las grandes conquistas de los sectores populares habían acabado, hasta entonces, en verdaderos baños de sangre. Los contrarrevolucionarios habían sido capaces de destruir los gobiernos populares. En París, Trotski, al lado de Lenin, conoció los escritos políticos del líder socialista francés Jean Jaurés, en los que afirmaba que había que defender el proceso revolucionario, y defender el poder revolucionario no sólo implicaba detentar el poder ideológico, político o propagandístico, sino también el poder militar. Y ésta es una lección que se tomó de cómo las monarquías europeas ahogaron los alzamientos, motines y rebeliones populares. Una organización política como un país, que no tenga como último recurso la fuerza, caerá, siguiendo el axioma de que la justicia sin fuerza es pantomima y la fuerza sin justicia es tiranía.

Entonces, la defensa de la revolución pasó por el sangriento peaje que cobraron los detentadores del poder contra aquellos que ponían fin a sus privilegios y abusos. La Revolución de Octubre de 1917 nació sitiada por todas partes. Tanto en el frente interno de Rusia por el Ejército Blanco zarista, formado mayoritariamente por los oficiales de la aristocracia y algunos de escasa burguesía, y en el frente externo con el desembarco de fuerzas de doce países extranjeros para, como lo sentenció Churchill, “ahogar en la cuna al bebé”.

En noviembre de 1918, tras el armisticio de Alemania y la entrada en las negociaciones de paz de Versalles, las potencias aliadas se sintieron libres de iniciar la invasión militar de Rusia, donde había tomado el poder el partido bolchevique, proclamando el primer estado obrero y socialista en la historia de la humanidad. Como lo afirmó Lenin con su gran olfato propagandístico: “hemos partido en dos la historia universal”, “hemos liberado una sexta parte de la humanidad”. Los primeros decretos del gobierno revolucionario proclamaron la extinción de la propiedad privada: todos los títulos de propiedad se convirtieron en “papel mojado”, y se creó la Universidad de Sverdlov para la educación de la pirámide de dirigencia del nuevo proceso político. ¿Qué debía garantizar el nuevo proceso político?: la fraternidad, la igualdad entre los miembros de la comunidad humana, y la preservación de la paz con un gobierno de obreros y campesinos que emancipara a su propia clase y a todas las otras clases sociales.

El gobierno revolucionario también declaró la revisión de la deuda contraída por el régimen del Zar: “aceptaremos la deuda del Zar siempre que ella haya sido beneficiosa para el pueblo”, por ejemplo como la que se contrató para financiar la construcción del tren transiberiano, que se consideraba como buena porque ayudó al bienestar del pueblo, al ayudar a unir los dos extremos de Rusia. Pero si esa deuda había sido contraída para oprimir al pueblo ruso, para contratar empréstitos de guerra, para comprar armamentos, entonces no se reconocería, y el mayor tenedor de la deuda zarista eran los banqueros franceses, del país que había tenido un papel particularmente trágico en la Primera Guerra Mundial. ¿Por qué? Porque la confrontación de carácter universal se concentró en suelo francés; la destrucción de ese país fue enorme, y debido a las grandes batallas como las de Sedán y Verdún, los franceses perdieron un millón ochocientos mil soldados.

La Revolución rusa fue un hijo de la Primera Guerra Mundial, y Lenin se negaba a pagar la deuda. Los franceses quedaron con un sabor particularmente ácido en los labios por los efectos de la guerra, y ello tuvo una doble consecuencia: 1) humillar a Alemania en las negociaciones de Versalles, intentando borrar a Alemania del mapa, incurriendo así en el fatal error de creer que los alemanes olvidarían su potente pasado como pueblo de Europa; y 2)

desatar una guerra sobre Rusia con el partido bolchevique en el poder y llevar a fuerza de bayoneta a la naciente revolución al fracaso, como lo habían hecho la aristocracia y burguesía francesa con la Comuna de París. A esto respondió Lenin con la mejor arma del arsenal revolucionario: la propaganda, invocando la gran premisa marxista: “Proletarios del mundo, uníos” –la misma frase que está grabada sobre la tumba de Marx en un cementerio en Londres–, y creando el Ejército Rojo.

Lenin consideraba que la Revolución rusa conllevaba una distorsión de la teoría marxista. Para Marx, el arquetipo de la nueva sociedad debía ser forjada por el proletariado porque sobre él recaía el peso de la mayor contradicción de la sociedad capitalista: la explotación y la alienación burguesa. Esa contradicción sería la máquina de vapor que conduciría a la nueva sociedad. Pero la revolución estalló en Rusia en 1917, en medio de la Primera Guerra Mundial, y Lenin, inspirado en el marxismo, no ignoró esa premisa y envió a sus mejores agitadores y propagandistas con las “joyas” de que la revolución le había confiscado a la aristocracia rusa, buscando hacer estallar una revolución proletaria en Alemania, donde estaba la clase obrera más numerosa en el mundo, concentrándose en la cuenca industrial del Ruhr. La consecuencia de ello fue que los Soviet obreros en la cuenca del Ruhr pararon la producción de armamento, por lo que los ejércitos alemanes se quedaron sin parque y avituallamiento para continuar las acciones militares. Ya se había firmado un tratado de Paz entre el gobierno revolucionario ruso y el alto mando alemán; el Tratado de paz de Brest Litovsk, por el cual Alemania ocupó importantes regiones en el Cáucaso y Ucrania, algo que si bien fue visto como un precio muy alto por parte de los revolucionarios y amenazó dividir al partido, dio un respiro para reorganizar el frente interno en Rusia.

Lenin consideraba que era inevitable que la Revolución en Rusia, sobre una inmensa base campesina –el imperio de los zares no había salido de la “cabaña de leños”, a decir de sus grandes literatos–, debía unirse a una revolución proletaria en Alemania, debido a la extenuante realidad en que la guerra había hundido al pueblo alemán, completando así premisas teóricas marxistas que afirmaban que la revolución socialista debía llevarse a cabo en una sociedad industrial, condición que colocaba a la nación teutona a la cabeza de los países con vocación revolucionaria.

Con el armisticio de Alemania en noviembre de 1918, el Káiser Guillermo II se rindió ante las potencias aliadas y abdicó al poder, abandonando el país con destino a Holanda, donde su prima la reina Guillermina le brindó asilo. En este contexto, Lenin y el partido bolchevique tuvieron que defender la naciente revolución, cuando tropas de doce países desembarcaron en Rusia para sofocar la “criatura” con apenas un año de vida. Debido al movimiento obrero, el capitalismo sentía terrores cósmicos cuando se preguntaba ¿qué pasará el día que todos los obreros se unan? Y su respuesta fue: el capitalismo caerá inevitablemente.

Ante el ataque de las potencias capitalistas contra Rusia, la acción revolucionaria liderada por el partido bolchevique se orientó a la propaganda, haciendo un llamado a todos los obreros a que por encima de una identidad nacional, sintieran algo superior: que eran parte de una hermandad universal junto a los campesinos.

La primera experiencia de un llamado ecuménico de este tipo ocurrió durante la Revolución francesa, cuando las potencias monárquicas de Europa enviaron sus tropas mercenarias en 1793 contra la naciente revolución que ejecutó en la guillotina al rey Luis XVI y a su esposa María Antonieta. En ese entonces, los revolucionarios de la Asamblea hicieron un llamado universal a que todo quien quisiera defender la revolución que había

proclamado la libertad, la igualdad y la fraternidad, del ataque ordenado por las cabezas coronadas, sería considerado ciudadano francés.

Los bolcheviques leyeron la historia de la Revolución francesa durante su exilio en París, y ante el ataque de las potencias capitalistas decidieron reforzar el frente de propaganda, haciendo el llamado de “Proletarios del mundo, uníos” a todos los partidos y organizaciones obreras, apelando así a movilizar la retaguardia obrera en los países que participaban de la acción militar contra Rusia. En el frente interno devino del poder revolucionario la creación del Ejército Rojo en manos de Trotski, acompañado de la paradoja de que quien conocía el arte de la guerra en Rusia era la clase que acababa de ser desalojada del poder por el pueblo: la monarquía que detentaba los puestos claves en el ejército como una extensión de sus privilegios, y utilizaba el ejército como una platea de reconocimiento de su preeminencia social.

Encuadrar a la aristocracia en el ejército revolucionario fue el principal problema que tuvo que afrontar Trotski en la construcción del Ejército Rojo, dado que los bolcheviques desconfiaban de forma suprema de sus antiguos amos. Los revolucionarios desconfiaban además de la principal fuerza de caballería del antiguo ejército zarista: los cosacos, quienes habían protagonizado la masacre del ‘Domingo Sangriento’ el 22 de enero de 1905, cuando una multitud liderada por el padre Gapón se dirigió al Palacio de Invierno del Zar llevando una petición de mejorar los salarios y las condiciones laborales en Rusia.

Entonces para la formación del núcleo del Ejército Rojo tuvo que encuadrar a curtidos oficiales zaristas, envolviéndolos con capas de fieles bolcheviques que habían mostrado gran disciplina los primeros días de la revolución, o sea, que fueran leales y no tan entusiastas que se negaran a obedecer a oficiales zaristas que tenían la experiencia militar.

La tarea de construcción del Ejército Rojo quedaría bien realizada si su núcleo quedaba bien estructurado. A los elementos más probados dentro del partido bolchevique se les puso al centro y alrededor a la oficialidad zarista, porque en las primeras batallas contra el Ejército Blanco, llamado así por el color avellana del uniforme de sus oficiales, batallones completos del Ejército Rojo se pasaban al bando contrario llevados por sus oficiales zaristas.

Debido a lo urgente de la tarea de combatir a los enemigos de la Revolución, el Ejército Rojo tuvo desde su origen una característica singular: una doble línea de mando. Al lado de cada oficial con mando sobre la tropa siempre había un oficial político, y la orden de ataque la tenían que firmar los dos, hecho que tendió a producir el choque constante por quién tenía la preeminencia a la hora de actuar: el oficial político o el oficial militar. Esta era la manera que ideó el arquitecto del Ejército Rojo para librar la guerra contra las fuerzas contrarrevolucionarias del Ejército Blanco y las fuerzas extranjeras invasoras. Trotski, el elegido para liberar a la Revolución rusa de sus principales enemigos, se desplazó en su famoso tren blindado o tren rojo, rápidamente de un frente a otro a todo lo largo de la línea férrea. Su papel militar estuvo cubierto por la sombra que arrojaba la Revolución francesa, cuando todo el poder militar era entregado por la Asamblea a un solo hombre, Napoleón Bonaparte, para defender a Francia cuando los días de la revolución estaban contados. En 1805, gracias al éxito de sus campañas militares, Napoleón se coronó a sí mismo Emperador, abriendo el camino al poder a una nueva monarquía en Francia.

Por ello, Lenin pregonaba incansablemente las ventajas del poder colegiado, para evitar el germen del bonapartismo en Rusia y cuando Trotski obtuvo una gran victoria en el frente, organizó un congreso de la Internacional Comunista, y fue invitado a Moscú para que interviniera con su gran oratoria ante los delegados de partidos y movimientos obreros que llegaban desde todos los rincones del mundo. Estaba dotado de un gran don escénico, sabía

contagiar con su oratoria, virtud que llevó al Ejército Rojo a salir triunfante en la defensa de la revolución. En su reemplazo, Lenin envió al frente al más hábil y pertinaz entre los hombres del partido: al camarada Stalin, todo ello para evitar en la Rusia revolucionaria el germen del cesarismo o bonapartismo, dado que la guerra esmaltaba con gran prestigio a quien detentaba la victoria. Lenin sabía que le quedaba poco tiempo y que, si deseaba que el sistema socialista saliera de su estado embrionario, debía forjar una forma de convivencia entre dos hombres que la revolución había llevado a un estado extraordinario: Trotski, el hijo dorado del partido llamado a llenar su puesto, y Stalin, el gran conspirador y el organizado.

En un momento dado, los cercanos a Trotski fueron a comunicarles a Lenin sus quejas por los cargos e influencias que estaba adquiriendo Stalin, y la manera como Lenin reaccionó ante ello fue preguntando “¿pero quién más es capaz de hacerlo? Sólo él tiene una ilimitada capacidad de asumir tareas, de organizar de conspirar. No tenemos otro hombre así”, y esto lo afirmaba el mismo hombre del que su esposa, compañera y gran pedagoga decía: “No hay otro hombre en todo el partido dedicado 24 horas del día, siete días a la semana a una sola tarea: la revolución.”

Lenin sabía por sus médicos que tenía una bomba de tiempo en su cabeza y pensaba cómo lidiar de forma permanente sobre estos dos hombres con dos grandes egos y personalidades dotadas de sólidas capacidades para la tarea de la construcción del socialismo. Personalidades donde se complementaban la labor militar y la política, algo que hizo temblar a las potencias capitalistas que invadieron Rusia.

Frente al prestigio que acompañó a la Revolución rusa a nivel mundial, aún hoy seguimos escuchando que el único partido político capaz de hablarle hoy en día a toda la humanidad es el Partido Comunista, a pesar de todo lo vilipendiado y caduco, como se le presenta en los medios de prensa burgueses. Ese ardor con el que triunfó la revolución en Rusia en 1917 se transmitió a través del partido laborista que aglutinaba a la clase obrera en Inglaterra, abriendo un segundo frente a la principal potencia que había enviado tropas a Rusia, cuando los obreros ingleses organizaron marchas y huelgas en apoyo al socialismo ruso. Lo mismo sucedió con los marinos de la flota francesa que combatían al Ejército Rojo en el Mar Negro: cuando se proyectaron sobre ellos las consignas revolucionarias, se negaron a seguir combatiendo contra sus compañeros de clase en Rusia. Así, la combinación entre agitación política y choque militar fue muy eficaz para ir batiendo uno a uno a los enemigos de la revolución.

La guerra civil tuvo un aspecto particularmente ingrato para el Ejército Rojo, y es que parte de la crisis de la Primera Guerra Mundial que permitió la Revolución rusa fueron los fuertes inviernos que destruyeron las cosechas. Hubo hambre en Rusia y en Europa, no habiendo nada más revolucionario que un pueblo hambriento, como se había constatado históricamente al inicio de la Revolución francesa. Pero una vez tomado el poder, si los bolcheviques no lograban cierta eficacia en abastecer las ciudades de granos, la alianza entre obreros y partido se corroería y los días de la revolución podrían contarse en la mano. ¿Entonces qué hubo que hacer en el campo? Por todas las partes por donde pasaba el tren rojo se requisaban las cosechas de los campesinos, condenando a la población rural muchas veces al hambre y la extinción. Es famosa la reflexión de los revolucionarios: “Donde tenemos recursos políticos la política está al frente, donde tenemos recursos militares resolvemos las contradicciones a través del poder militar, pero donde no tenemos ni poder político ni poder militar tenemos que resolver las contradicciones con el terror rojo”.

Los líderes del partido bolchevique con Lenin a la cabeza, tenían un gran conocimiento de la historia, sobre todo de la Revolución francesa en sus fases más terribles, porque

conocían la frase de Marx: “Quien no conoce la historia está obligado a repetirla”. Al final de la guerra civil en Rusia en 1921, la situación económica era desastrosa. El campo estaba agotado y Lenin tuvo que promulgar la Nueva Política Económica (la NEP) como una estrategia de supervivencia de la revolución: permitir en la producción agraria una cierta privatización, porque ese espíritu privatizador tenía la capacidad de abastecer a las ciudades, que sin abastecimiento iban a ser incontrolables. Pero una vez restablecido el abastecimiento alimentario de la población de obreros y burócratas en las ciudades, ¿hasta cuándo había que sostener el modelo de la NEP? Porque alrededor de esta privatización comenzaba a surgir del campesinado un sector de propietarios medios que cada vez podía ir incrementando su poder e influencia, hasta convertirse en una fuerza desestabilizadora dentro del modo de producción socialista. Entonces el desmonte de la Nueva Política Económica tenía que ser una cuestión de mucha sutileza y equilibrio político, mientras el Comité Central del Partido Comunista en la URSS, creado en 1923 al final de la guerra civil, tuviera suficiente poder para hacerlo. Unos decían que había que sostenerla y otros que no. Lenin ya había muerto, y la disputa entre Trotski y Stalin había culminado con la salida del primero de la URSS.

En la década de 1930 se extinguió la NEP, y Stalin dio la orden de la colectivización de las tierras que eran la base de la producción alimentaria. Todas las tierras debían ser colectivizadas, y fue allí donde los *mujiks*, los pequeños y medianos propietarios de tierras, muy reactivos al poder del estado soviético por lo que les había tocado vivir durante la guerra civil, con sus exacciones del trigo vital para alimentar las ciudades santuarios de la revolución, se preparaban para resistir. Las tierras debían volver al Estado Socialista, entonces los campesinos medios se resistían a la colectivización y, antes de ir al combate, sacrificaron el ganado y quemaron las cosechas. La colectivización produjo grandes desajustes en el Partido Comunista y en el Ejército Rojo. En tanto Stalin se dio cuenta que algo estaba sucediendo en Europa, el Partido Nacional Socialista Obrero de Alemania (NSDAP) llegaba al poder en 1933, intuyó que habría una nueva guerra en Europa, y en este contexto fue aplicando la política del Socialismo en un Solo País por cuestiones de supervivencia, lo que desembocó en 1936 en la Política del Frente Popular, ante la cual no podía estar indiferente el Comité Central del Partido Comunista. Dado los antecedentes de la guerra civil de 1919 a 1921, habría un nuevo ataque contra Rusia.

Una nueva guerra mundial era un horizonte siniestro para la URSS, y fue ahí cuando se hicieron imperiosas las purgas iniciadas en el Partido Comunista y el Ejército Rojo a mediados de la década de 1930. En la nueva guerra mundial la URSS debería soportar sobre sus hombros el peso de todas las fuerzas del universo, y este vaticinio se hizo cierto cuando Alemania, junto a italianos, rumanos y milicias fascistas de otros países europeos –como la división azul de España–, inició la operación Barba Roja en junio de 1941. Cuatro millones de hombres desplegados en un arco desde el mar Báltico hasta los montes Cárpatos, avanzaban de forma incontenible adentrándose en territorio soviético, casi 250 kilómetros, durante el primer mes de ofensiva con el irresistible poder de la guerra Relámpago (*Blitzkrieg*), buscando las tres grandes puertas: Leningrado, Moscú y Kiev, esta última punto de apertura hacia los pozos petroleros de Baku, los cuales eran un objetivo estratégico dada la carencia de Alemania de una gran zona de abastecimiento de petróleo.

De allí la pregunta ¿cómo es que un georgiano, nacido en la capital Tiflis, educado por religiosos y maestro del trabajo clandestino, capaz de resistir las despiadadas condiciones de prisión en Siberia y una capacidad de trabajo casi inhumana, sin el auxilio de una gran educación, riqueza o ancestros gloriosos como los de Churchill, lograra dirigir la derrota contra el fascismo? Ésa una de las grandes preguntas que no vamos a escuchar en los medios

de prensa capitalista, dedicados a destruir, a través de la guerra de propaganda, la historia de cómo las fuerzas del socialismo salvaron a la humanidad en la Segunda Guerra Mundial.

Al inicio de la Segunda Guerra Mundial, Churchill le había dicho a su nación: “Sólo puedo prometer tres cosas: sangre, sudor y lágrimas”, la frase que repitió Stalin al frente de la Stavka –el mando supremo de las fuerzas armadas de la URSS–. Rememorando a Maquiavelo cuando escribió: “Los deberes del gobernante son tres: actuar, actuar y actuar”, Stalin afirmó: “Sólo podemos ser despiadados, despiadados, despiadados”.

Asistió a Stalin el don de la oportunidad, un rasgo importante en la personalidad de un conspirador. Él sabía que había que enfrentar al capitalismo que se estaba reorganizando a través de una forma de poder como el totalitarismo, que había tomado el poder en Alemania y desatado la guerra civil española. En Alemania se había revelado que la democracia daba tantas garantías a los propietarios de los grandes activos de la sociedad que permitía llegar al poder a un partido que iba a destruir primero la democracia y luego a la sociedad, como lo hizo el NSDAP. Era inevitable la conclusión a la que llegó Stalin como uno de los forjadores del Socialismo. ¿Dónde triunfó el fascismo en Europa? En los países donde existían los partidos comunistas mejor organizados: en Alemania, con la mayor clase obrera de las potencias industriales, y en Italia.

El mensaje enviado con el fascismo: el capitalismo no quiere una nueva Rusia, recordaba con estupor uno de los chistes favoritos de Lenin, y era cómo había realizado la titánica labor de liberar a una sexta parte de la humanidad llevándola al socialismo, con un partido de menos de diez mil miembros, conduciendo el partido con un extraordinario olfato político en medios del caos y la incertidumbre, expandiendo su accionar con toda la audacia posible para entrar a una historia inédita: la construcción del socialismo. Se puso a los mejores hombres a la cabeza de los diferentes Soviets, las organizaciones colectivas que se habían erigido sobre el vacío de poder producido por la huida del Zar a Ekaterimburgo. Luego se lanzó la consigna de “todo el poder a los Soviets”, pero Lenin no podía dar la orden de atacar el Palacio de Invierno del Zar, desde donde gobernaba Kerensky, gobierno incapaz de cumplir las dos grandes tareas por las que clamaba la población en Rusia: la salida de la Primera Guerra Mundial y la reforma agraria, incapacidad que hizo afirmar a Lenin: “sostendremos el gobierno de Kerensky como la cuerda sostiene al ahorcado”. Hasta que el partido Bolchevique no hubiera asegurado la dirección política de la mayoría de los Soviets en las cien nacionalidades que existían en la Rusia zarista –decisión immortalizada en el nombre que se dio a la nueva organización política creada en 1922: Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas–, no se daría la orden de tomar el poder.

A lo largo de la década de 1930, Stalin supo que era inevitable un ataque a la URSS. El fascismo que estaba geminando en Europa sería la punta de lanza del ataque, y Stalin empezaba a tomar las medidas necesarias para la defensa de la patria del socialismo tanto en el frente interno como el externo. Le pidió al genial Serguéi Eizenshtéin la dirección de una película extraordinaria: “Alejandro Nevsky”, el príncipe eslavo de Nóvgorod que en el siglo XIII detuvo a los suecos y luego a los príncipes teutones. Éste ha sido un filme épico muy estudiado por su construcción narrativa, su montaje y por la interacción entre la imagen y la bella música del compositor Sergei Prokofiev, sobre todo la pieza titulada la “Cantata de Alejandro Nevsky”. Al final del filme aparece la célebre escena de la batalla sobre el hielo donde el príncipe de Nóvgorod sentencia: “Si vienen como amigos los esperaremos con la mano abierta, si vienen como enemigos los esperaremos con un puño de hierro”.



El arte en la URSS ocupaba desde antes de la guerra patria un lugar en el frente de batalla, preparando a los espíritus en la nueva defensa del socialismo. La propaganda de guerra fue un arma extraordinaria para militarizar el espíritu del pueblo soviético ante la inminencia del choque entre capitalismo y socialismo. Los colosales recursos del Estado soviético estuvieron a disposición del director, entre ellos el Ejército Rojo, una de las mayores fuerzas armadas del mundo, cuyos soldados actuaron como extras en el rodaje de las escenas épicas. El cine fue un arma de guerra que ya había demostrado su poder para difundir al cosmos el triunfo revolucionario de 1917. Los nazis en Alemania lo tuvieron en cuenta, sobre todo el ministro de propaganda del Reich Joseph Goebbels, quien ordenó a la directora Leni Riefenstahl filmar un documental sobre el primer congreso del Partido Nacional Socialista Obrero Alemán en el poder, en la ciudad de Núremberg, un filme titulado “El Triunfo de la Voluntad”, obra maestra del cine de propaganda. Esta directora también las justas deportivas de las Olimpiadas en Múnich en 1936, apelando al deporte para construir un relato visual que buscaba expresar la supuesta supremacía racial del pueblo alemán.

La propaganda, junto a la investigación de nuevos armamentos, fue un frente donde se concentraron los mejores talentos, ello con indudables beneficios, por ejemplo, para responder a la pregunta de ¿cómo hizo Stalin para reclutar un ejército de ocho millones de combatientes para resistir el embate de las fuerzas fascistas? La respuesta para esto la encontraron los propagandistas en la literatura rusa, desde la que grandes escritores expresaban en novelas y relatos la veneración a la madre, la mujer, esposa, hermana e hija. Una de las obras cumbre del escritor Máximo Gorki, cercano a la Revolución de Octubre, se titula “La Madre”. Los rusos definen a su patria como la Madre Rusia. Luego de que los alemanes iniciaran la operación Barba Roja, los propagandistas soviéticos diseñaron un cartel de guerra en letras góticas sobre fondo rojo y negro donde se preguntaba: “¿Quieres ver violada a tu madre, a tu hija, a tu esposa, a tu hermana?”, y esto iba con el dibujo de una bayoneta del fusil sostenido por un soldado del Ejército Rojo hiriendo la mandíbula de un chacal acompañado de la sentencia: “Muerte a la bestia Nazi”. Era un cartel cargado de efectismo, apelando a una fuerza oscura en el comportamiento humano para generar una corriente capaz de llevar a millones de hombres y mujeres a las filas de la guerra patria.

Como en la URSS –el país más extenso del mundo para la época– no toda la población estaba adoctrinada políticamente, el discurso marxista-leninista no estaba totalmente expandido en la población de las cien nacionalidades diversas que lo habitaban, dado que el programa educativo se había burocratizado y ralentizado debido a tareas como la industrialización con sus planes quinquenales y su economía de guerra. Dicho programa fue desbordado por el de defensa de la revolución, dando prioridad a lo militar sobre lo educativo. Ante el ataque de las fuerzas fascistas, hubo que recurrir a los miedos más oscuros y profundos del pueblo ruso, miedos que estaban anidados en el alma rusa y expresados en la literatura. Apelando a esos miedos, la forma de propaganda tuvo enormes repercusiones en las tropas soviéticas en 1944, cuando iniciaron la marcha hacia Alemania, porque ese imaginario trazado por este tipo de propaganda hizo que consideraran a las mujeres alemanas como un trofeo de guerra, dado que habían sido convencidos de que los fascistas venían no sólo por su territorio y los recursos contenidos en él, sino por sus amadas mujeres. Esto como apuesta para defender la revolución a toda costa.

Las tropas de Hitler dominaban Europa en 1940, en menos de ocho meses. Cómo pensar que una campaña militar contra la URSS sería el mismo paseo militar de la guerra Relámpago con el poder de la aviación, el primer bombardeo sobre la población en Guernica en 1937 y el poder de las fuerzas acorazadas en tierra. Con ambas armas, probadas en la

Guerra Civil Española de 1936 a 1939 con la Legión Cóndor, la URSS fue atacada el 21 de junio de 1941. Stalin, como buen revolucionario, sabía que ésa era una lucha a muerte entre dos sistemas de vida: el fascismo –punta acerada del capitalismo– y el socialismo. Hitler desplegó todo un arco de aviación, artillería y tropas en el centro de Europa sobre la frontera de su nuevo imperio y de la URSS, a la que había estado vinculado a través del Pacto del Acero que él mismo rompió bajo la premisa: “Los pactos son buenos mientras nos beneficien”.

Lo primero que hizo Stalin, después de un inmovilismo que duró casi dos semanas, fue poner en marcha un plan despiadado para proteger la industria, trasladándola más allá de los montes Urales desde Moscú y la cuenca del río Donéts, y le dijo a sus ingenieros: “Denme un tanque que un campesino pueda conducir” y los ingenieros diseñaron el T-34, el vehículo blindado que entró de primero a la Plaza Roja en el desfile del Día de la Victoria. Un blindado bastante rústico: dos palancas, dos pedales y un manómetro, pero muy efectivo en combate. La capacidad del Ejército estaba definida por el conocimiento que tenía Stalin de la mentalidad campesina, el mismo factor que llevó a Mao –hijo de un campesino pequeño propietario de tierra en la provincia del centro que históricamente ha alimentado a China desde hace varios milenios– a ser el gran timonel de la Revolución china. Stalin conocía esa mentalidad, conocía la geografía gracias al trabajo conspirativo, el destierro, la guerra civil contra el Ejército Blanco, los planes quinquenales y la colectivización. Por ello, pudo valorar la escala estratégica que implicaba una operación militar en la URSS, además de la inmensa capacidad de reponer recursos, doctrina base de la guerra moderna, iniciada con la guerra civil norteamericana. A los oficiales alemanes les producían escalofrío las cantidades en las que sucumbían los soldados rusos. Por cada soldado alemán caído, morían cinco rusos.

La escala de la geografía rusa permitió lo más parecido a una batalla naval en tierra, con la Batalla de Kursk, el mayor choque de blindados en la historia donde participaron 6.000 carros de combate en total, en una región con una extensión de tierra semejante a un mar. Luego del quiebre de la ofensiva alemana a finales de 1941, con la Operación Tifón sobre Moscú, y tras la toma de las fuerzas alemanas de Kiev, Stalin, al frente de la Stavka, logró cambiar la correlación de la guerra con una batalla librada piedra por piedra, calle por calle, llamada por los propagandistas la “Academia de la lucha callejera”: La Batalla de Stalingrado. Una de las razones más poderosas para invadir a la URSS era la desesperada búsqueda de petróleo por parte del III Reich, cuya única fuente se encontraba en Rumania. Por ello, Hitler intentó romper por los Balcanes hasta Baku y también con el Sexto Ejército de Von Paulus a través del río Volga.

Con la derrota del Afrika Korps en la batalla de El Alamein por los ingleses al mando de Montgomery en el norte de África, la búsqueda de carburante para la enorme fuerza mecanizada del ejército alemán se hizo desesperada. Se ordenó entonces al VI ejército alemán romper por el río Volga y llegar a los campos petroleros en las orillas del mar Caspio. Pero el ejército tuvo la impertinencia de cruzar el río a través de una ciudad que ha sido un hito de la guerra revolucionaria, donde Trotski logró una de sus primeras victorias militares en la guerra civil: Stalingrado. Los alemanes arrasaron totalmente la ciudad, incluida su gran fábrica de tractores, y arrinconaron las tropas del Ejército Rojo contra el río Volga, y una vez allí Stalin concentró tropas y suministros en la otra orilla, esperando una ocasión propicia. Envío a su comisario político Jrushchov, una estrella en ascenso en las filas del PCUS, y cuando los alemanes tenían poco que conquistar a la orilla oeste del río, irrumpió la potente contraofensiva del Ejército Rojo, aislando a las fuerzas de Von Paulus, y creando alrededor

de éste todo un círculo de hierro que no le permitió conectarse con ninguna fuerza externa que pudiera hacer de puente para su salida del cerco tendido por las fuerzas del Ejército Rojo. Von Paulus terminó por rendirse, con 26 generales y 90.000 hombres en enero de 1943, y con ello cambió el rumbo de la guerra para la Alemania nazi. El Ejército Rojo convirtió los sótanos y los muros caídos de la ciudad en trincheras de la guerra antifascista. O sea, que en el momento que la ofensiva alemana se hizo más profunda, ahí se empezó a quebrar, y ello tuvo la forma de una reacción en cadena donde pocas veces el ejército alemán, pese a ser todavía una importante maquinaria de guerra, alcanzaba a tomar la iniciativa en el combate, hasta que fue arrinconado dos años más tarde en la Batalla de Berlín.

Al final de la batalla de Stalingrado, en enero de 1942, se hizo famoso el diálogo de un oficial soviético con su prisionero alemán: cuando cruzaron una colina con vista a la ciudad destruida, el oficial soviético se detuvo y dijo al oficial de la Wehrmacht: “¿Contemplan Stalingrado? Así dejaremos nosotros a Berlín”.

En diciembre de 1941, cuando la ofensiva alemana sobre la capital de la URSS –la Operación Tifón– fue contenida finalmente gracias a las reservas estratégicas y al crudo invierno en que se mimetizaron las fuerzas del Ejército Rojo, Churchill llegó a Moscú y se entrevistó con Stalin, informándole que las fuerzas anglo-británicas abrirían un segundo frente en Italia, a lo que Stalin –que esperaba que fuera con un desembarco en la Francia ocupada que amenazara el corazón del Reich– respondió que ello no correspondía a una estrategia militar sino a un frente político que no mermaba la presión de la ofensiva alemana sobre la URSS. Con ello no estaban apoyando al socialismo. Del encuentro salió el acuerdo de las conferencias de los tres grandes que trazaron el mapa del mundo moderno: Teherán, Potsdam y Yalta, donde participaron Roosevelt por Estados Unidos, Churchill por el tambaleante imperio británico y Stalin por la URSS.

Por el precio tan enorme que pagó la URSS por la victoria sobre el fascismo, nadie como los rusos para saber derrotar al invasor, algo que ya conocían en su historia. En 1812, cuando Napoleón invadió Rusia con la *Grand Armée* compuesta por 250.000 hombres, el Zar abandonó el recinto amurallado del Kremlin antes de que el invasor llegara a Moscú, y cuando se sentó en el trono del Zar, por la ventana se contemplaba cómo caían los primeros copos de nieve del invierno ruso. Esa noche los moscovitas incendiaron la ciudad y los franceses no tuvieron otra opción que iniciar la retirada, atacados de forma implacable por la fuerza rusa, como lo narra Tolstói en su novela “La guerra y la paz”, aplicando de forma implacable la estrategia del “General Invierno”, que consistía en dejar avanzar al ejército enemigo hasta lo más profundo de Rusia, destruyendo lenta e inexorablemente sus líneas de abastecimiento en una feroz lucha en la retaguardia hasta llegar el invierno, y luego en la retirada ir aniquilándolo hasta dejar sus restos en la frontera de Rusia con Europa.

Stalin conocía la historia y decidió repetir la estrategia del “General Invierno” pero en una mayor escala: ordenó al Ejército Rojo, en su retirada ante el avance alemán, destruir todo. Se volaron estaciones de electricidad, nudos ferroviarios y todas las líneas de ferrocarril, se derribaron los puentes, se quemaron las cosechas que no podían ser transportadas, se sacrificó el ganado, y las cabañas de leños que podían proveer calor al enemigo en invierno fueron incendiadas al paso del Ejército Rojo. Una estrategia que recordaba la sentencia de Stalin: “Hay que ser despiadados, despiadados, despiadados”, al punto de que parte de los veinticinco millones de muertos rusos en la guerra patria se debieron a las consecuencias de la política de “tierra arrasada” impartida por el secretario general del Partido Comunista de la URSS. Pero sólo un pueblo como el ruso era capaz de resistir el peso de tamaña rueda de

la historia, y en ello se asemejaba al pueblo chino durante la segunda mitad del siglo XIX luchó contra el Emperador en una rebelión denominada “El Señor de los Cielos”, y que significó la muerte de treinta millones de personas. Europa sólo vino a conocer de ello tiempo después.

Detrás de la movilización de la población y de recursos en la URSS estuvo el Partido Comunista. Un miembro del Partido esperaba a los obreros a la salida del turno en las fábricas para entregarles una octavilla invitándolos a un mitin, o a la conformación de una cuadrilla para cavar defensas antitanques o formar una milicia y entrar en combate. Todo ello expresó el poder de la formidable organización creada por Lenin como herramienta de acción revolucionaria y de construcción del socialismo, siguiendo los dictados de Marx. Sin la capacidad política del Partido, el socialismo hubiera sucumbido. Claro que la labor del Partido y de su Comité Central también había producido fisuras en la URSS, como lo fue el tema religioso en regiones como Georgia, Bielorrusia y Ucrania, que llevaban casi dos milenios practicando el cristianismo ortodoxo y donde los comisarios políticos comunistas chocharon con los popes ortodoxos. Esto fue aprovechado por los invasores para reclutar de las filas de los ortodoxos radicales a grupos de colaboracionistas, los llamados *hiwis*, formando batallones de apoyo para la SS y la Wehrmacht, quienes fueron objeto de una caza particular en la reconquista del territorio por la policía política del Ejército Rojo de la NKVD (Comisariado del Pueblo para Asuntos Internos), la misma entidad encargada de revisar la correspondencia de los soldados a familias y amigos y viceversa.

En ese intercambio epistolar emergían la sensibilidad y los miedos que asolaban a los combatientes del ejército, así como los puntos de aciertos de los discursos de los oficiales políticos. Las cartas eran una fuente extraordinaria para informar a la Stavka sobre la moral en las tropas, así como para mejorar el adoctrinamiento político que convertía al Ejército Rojo en una extraordinaria fuerza de combate. Porque la guerra patria era en el fondo una guerra política entre dos formas de vida que se pulsaron en la historia del siglo XX, y toda guerra política es también en el fondo una guerra de propaganda, de quién mantiene sobre el terreno no sólo la mejor comunicación o logística, o el mayor número de tropas, sino también de quién está la voluntad de ser superior en la lucha, algo que siempre tiene que ver con quién tiene la mejor forma de vivir la historia.